UNA PROEZA

El libro pesa por lo menos medio kilo. Tal vez tres cuartos. Pero el público que frecuenta las librerías lo levanta en vilo y le da vueltas con evidentes deseos de llevarse a casa y "meterle el diente" cuanto antes mejor.

Las quinientas cuarenta y ocho páginas de que consta no causan pavor ni a los más perezosos. Porque al gran aliciente del título, "Vida de Gregorio Marañón", se une el de estar firmado por un joven e inteligente periodista, Marino Gómez Santos, maestro en ese arte endiablado que consiste en apechugar con las mayores dificultades para que luego el lector no encuentre ninguna dificultad.

—¿De dónde puede sacar un periodista activo el tiempo necesario para escribir un libro de quinientas cuarenta y ocho grandes páginas? —le pregunté hace unos días a Marino Gómez Santos, a quien encontré con la mano dolorida a fuerza de firmar ejemplares de su "Marañón" en una librería madrileña—.

—En este caso —me respondió— lo difícil no ha sido escribir un libro de esas dimensiones, sino tener que comprimir en ese número de páginas la vida y la obra de un hombre como Marañón, una figura de talla intelectual, moral y profesional incommensurable.

Ciertamente, don Gregorio Marañón es para sus biógrafos lo que podríamos llamar una figura-río, con una vida límpida y ejemplar, pero tan caudalosa que puede hacer fácilmente perder pie al que se acerque a observarla.

Marino Gómez Santos ha pasado varios años sumergido en esas aguas serenas, pero di-

ficiles de dominar y reducir a las dimensiones de un libro. Ha examinado millares de cartas y documentos, centenares de fotografías... Ha rumiado los recuerdos de largas horas pasadas junto al propio don Gregorio en su casa, en el hospital, en su cigarral de Toledo... Ha hablado por infinitas personas, cada una de las cuales creía poseer material para escribir su "Marañón" particular.

—Hombre, a propósito de Marañón, yo le voy a contar a usted una anecdota curiosísima... Verá... —le decía de pronto un médico, un escritor, una señora distinguida, un actor de teatro, un portero, un enfermero, un cura o un matador de toros, en vista de que Marañón fue un hombre que impresionó a todo el que se acercó a él y ¡Dios sabe si se acercaron gentes de todas clases a aquel hombre que fue la persona más acogedora del mundo!—.

Así, con tanto dato, tanta anecdota, tanto testimonio de primera mano, había días en que el pobre Marino tenía la cabeza como un bombo. Días en que aquella obra, acometida con la mayor ilusión y el celo más enfebrecido, le producía taquicardias, vahídos, angustias nocturnas y toda clase de alteraciones psicopatológicas.

Para mí, lo más asombroso de todo es que ese trabajo chino del autor se halla tan perfectamente disimulado en el texto que el lector que toma el libro en sus manos corre sobre las páginas con la facilidad y la complacencia de quien está bailando un pasodoble.

Nada resulta árido, ni siquiera las páginas que se re-

fieren a la ingente labor científica del doctor Marañón ni a su vida académica. El biógrafo no ha querido desmerecer de aquel hombre que lograba convertir las glándulas suprarrenales en tema apasionante y que prestaba interés y amenidad singulares al "diagnóstico etiológico".

—La única incomodidad que los lectores podemos echar en cara a Gómez Santos es el insomnio. Yo abro el libro todas las noches hacia las once y media y me cuesta mucho trabajo cerrarlo antes de las tres de la mañana —me decía uno de los que lo están leyendo estos días—.

Otro comentario que he oído ha sido el de que esta biografía de Marañón es una de las más honestas que se hayan escrito nunca. Hecha, sin duda, con cariño hacia la figura —¿quién que haya conocido a don Gregorio no se sentiría atraído y encariñado?—. No es posible encontrar en ella nada que esté jalseado, disimulado o abultado con el fin de realzar su recuerdo. Todo es auténtico y exacto.

Ahora bien, ese rigor notarial no ha impedido a Gómez Santos introducir la emoción, que surge en ciertos momentos, elegantemente contenida, pero por eso mismo más patética.

Por ejemplo, la del atardecer de primavera en que, viendo venir la muerte —tenía cita con ella aquella misma noche—, don Gregorio se hizo acompañar por su hijo hasta las colinas del Pardo y, contemplando por última vez el paisaje velazqueño que le fascinaba, murmuró nostálgico:

—¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa!

Josefina CARABIAS

Heraldo de Aragón
Zaragoza 19. Jun. 71